

El día en que te conocí

El termómetro no paraba de subir a un ritmo realmente acelerado, el calor aumentaba y aumentaba cada hora y todo se hacía más insoportable. Esto ocurría una tarde a finales de agosto. La ciudad estaba medio vacía y las paredes de mi apartamento se me caían encima. David me había dicho que me llamaría, y yo como una tonta, hacía ya casi dos horas que esperaba que el teléfono sonará. Y al final sonó, pero no era él, sino era una chica llamada Esther. El motivo de su llamada era que había leído el anuncio que, a principio de Julio, había colgado en la universidad donde decía, claramente, que buscaba compañero/a de piso. Así que decidí quedar con ella esa misma tarde y dar plantón a David en el caso que llamara, así me vengaría de él.

A las 17 h., puntual, sonó el timbre de la puerta. Al abrirla descubrí una chica de ojos azules y pelo castaño que era sin duda la chica más sensual que había visto desde hacía años. Yo nunca me había planteado mi sexualidad, pero había de reconocer que Esther era una muchacha muy bella; y después de pasar toda la tarde con ella, me atrevía a decir que tenía algo que me atraía indudablemente. La casa le impresionó y decidió empezar la mudanza la semana siguiente.

Aquella semana se me hizo eterna. No sé por qué, pero tenía la necesidad de volver a verla y así, poder conocerla más. David y yo habíamos vuelto a discutir pero aquello no me preocupaba, siempre teníamos nuestras rabietas y después de dos años de relación habíamos aprendido a sobrellevarnos.

El lunes, a primera hora, llegó Esther con un primer cargamento de trastos para ocupar su nueva habitación. Le propuse mi ayuda y ella con una encantadora sonrisa aceptó de buen grado. Realmente, aquello me hizo feliz. Durante dos horas, y bajo las canciones de un grupo de música del cual ni recuerdo su nombre, estuvimos colocando cosas, hablando y riendo sin parar. Parecía que nos conociéramos de toda la vida y a ambas nos asombraba que, a pesar de todas las diferencias que íbamos encontrando, congeniásemos también. ¡¡La única cosa que nos gustaba a ambas era el chocolate blanco!!

Una vez instalada, las cosas empezaron a tomar un aire diferente. David y yo habíamos hecho las paces pero había algo en mí que me confundía. Yo, no era la misma de antes, Esther inconscientemente me había trastocado. Había empezado a sentir cosas extrañas e inexplicables hacia ella, sentimientos que no me atrevía a compartir con nadie porque ni siquiera yo

sabía que significaban. Al tenerla a mi lado parecía que todo fuese como la seda, me sentía en una nube y todos los problemas quedaban atrás. Durante el día pensaba la forma de encontrarla en cada momento. Toda esta situación se hizo notar en la relación que mantenía con David: discutíamos más y todo estaba más tenso. Así que los hechos llevaron a una inminente ruptura, él no se lo tomo en serio pero esta vez no había vuelta atrás.

Durante este tiempo examiné más a fondo la conducta de Esther. El hecho de que sólo trajese mujeres al apartamento, me dio pie a creer que sólo le gustaban las chicas. Ese hecho en cierta manera me confundió más, pero a la vez, me alivio. Todas mis dudas quedaron resueltas un día, que decidimos cenar las dos juntas en casa a solas, y entre la sangría y el vino aquella noche prometía locuras. Y así fue, sin darnos cuenta nos dejamos llevar por nuestros impulsos y de ahí surgió un primer beso. Y aunque sólo fue un beso inocente me dejó las cosas claras; yo sentía algo por aquella chica.

Al día siguiente, ella no dijo nada y yo agradecí su silencio ya que para mí resultaba una situación un poco complicada: ¡ella era una chica! No tenía nada contra los homosexuales, pero de ahí a que yo lo fuera... pero entonces ¿qué era lo que yo sentía por aquella chica? El miedo empezó a invadirme y por ello estuve un par de días evitándola, hasta que ella me pidió que hablásemos. Así que ya no tenía escapatoria, tendría que enfrentarme a mis miedos de una vez por todas. Ella empezó diciéndome que me había visto algo rara durante los últimos días, que ella no tenía nada contra mí, que no se arrepentía de aquel beso, y que yo le gustaba. Lo dijo todo de sopetón como si lo hubiese ensayado veinte mil veces delante del espejo, y yo no sabía cómo reaccionar. Pasaba del asombro a la incredulidad y de repente a una alegría infinita. Aquella chica me gustaba de verdad. Así que en silencio, sin decir nada, me levante del sillón, me acerque a ella despacio y pasándole la mano entre su cabello castaño la besé. Me dije para mí misma que aquella vez no sería la última, pero todo no iba a ser tan fácil como al principio parecía. Yo no conocía nada sobre el mundo homosexual y a pesar de tener seguro lo que sentía, todo aquello me daba un vértigo insoportable. No sabía cómo se lo tomarían mis amigos, mi familia, en definitiva todo el mundo que me rodeaba. Me sentía envuelta en una espiral de sentimientos que me levaban directamente a caer por un precipicio sin fondo. Y en medio de todo ello, estaba ella con una sonrisa radiante y una voz delicada que me susurraba al oído "todo va a ir bien". Realmente deseaba creerla, pero no estaba tan segura de todo ello. En el fondo no estábamos comprometidas, simplemente, había sido un beso más, y una pequeña confesión. En sí, nada nos ataba.

Días después, no sabía si aquello había sido cierto o no. Tenía en el contestador seis mensajes de David pidiéndome que quedásemos, pero yo realmente con quien quería estar era con Esther, quien se había marchado toda una semana al pueblo para ver a sus padres. Así que al final, quedé con David y le conté lo que había ocurrido con Esther, y de esta forma le aclare que no habría vuelta atrás: él y yo nunca más volveríamos a estar juntos. Aquellos días me sentaron de fábula, decidí que plantaría cara a todo el mundo si es que Esther quería tener una relación seria conmigo, y eso se lo propondría nada más que llegase del pueblo.

El viernes al medio día sentí como la puerta de la calle se abría, era ella. La sangre me empezó a hervir, el corazón se me aceleró y creí que no sería capaz de decirle dos palabras seguidas, pero aun así salí de mi habitación y fui a su encuentro. Ella sonrió complacida al verme e intuía que yo le quería decir algo. Realmente aquella situación me estaba poniendo muy nerviosa, empecé diciéndole:

"Sé que esta situación es complicada para ambas, pero más vale que lo aclaremos ya. Me gustas, me gustas mucho y no sé si estarás comprometida o no, pero... si fuese posible, me gustaría, es decir, quisiera que fueras mi chica o como mínimo que lo intentásemos. Pero te he de advertir que para mí tú serías la primera, si es que aceptas... "

Ella no dijo nada, como de costumbre, simplemente se acercó y me besó dulcemente. No fue uno de aquellos besos cortos como los anteriores sino un beso mucho más profundo, un beso que desató toda mi pasión y que nos llevó a empezar acariciarnos y a besarnos de forma que aumentó nuestro deseo. Dos horas después descansábamos ambas abrazadas en la cama de su habitación, tras lo que había sido la experiencia más dulce, tierna y placentera que nunca había conocido.

Quedaban dos semanas para empezar la universidad. Ella estudiaba arquitectura, y yo pronto me vería inmersa entre volúmenes y volúmenes de historia, pero antes de que todo esto ocurriera, nos prometimos aprovechar el máximo de tiempo para estar la una con la otra. Durante este tiempo paseamos juntas por las Ramblas, aprovechamos los últimos rayos de sol del verano y nos fuimos conociendo poco a poco. Con ella podía hablar de todo, sabía siempre que decir y como aconsejarme, y así le fui planteando todas las dudas sobre aquel mundo que empezaba a conocer. También le conté mis miedos, y ella intentó darme el valor suficiente para afrontarlos.

Tres días antes de comenzar la universidad decidí reunir a todos mis amigos, incluido mi ex, David, y contarles que había descubierto que era bisexual, y de paso presentarles a mi novia Esther. Las reacciones fueron muy variadas, por un lado caras de asco, por otro sonrisas impecables y mucha incredulidad. "¿Dónde está la cámara oculta?" Preguntaron algunos. En mi familia la cosa no fue tan bien, después de explicarles la noticia viví los diez minutos más tensos de mi vida antes de salir disparada con Esther hacia nuestro apartamento. No esperaba que se lo fuesen a tomar tan mal pero, así fue.

En aquellos momentos todo me parecía algo increíble, como surrealista. No entendía como mi vida en un par de meses podía haber dado un giro tan grande: malestar en mi familia, insultos por parte de algunos amigos, miradas indiscretas en la calle... todo ello acompañado de nuevas experiencias y sensaciones y, en sí, de una chica. Y ahora me doy cuenta que todas mis preocupaciones no tenían razón de ser. Cinco años después, sigo igual que cuando descubrí algo que llevaba en mí gracias a Esther. Yo soy así. Sí, me gustan los chicos y las chicas, y eso no me cambia: soy como soy. Me duele que haya gente que no lo entienda, entre ellos mi familia, pero por eso no puedo fingir ser alguien que no soy y realmente no quisiera hacerlo. ¿Quién tiene derecho a juzgarnos? Todo el mundo tiene derecho a ser feliz o como mínimo a intentarlo y si eso es con alguien de lo mismo sexo que más da, lo importante es estar bien: querer y ser querido.